

M O I G N O

L O S

E S P L E N D O R E S

D E L A F U

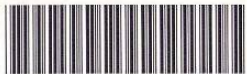
BL240

M64

v.4

1883-85

008110



1080014488

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

LOS

ESPLENDORES DE LA FE.



LOS
ESPLENDORES DE LA FE;

Ó ARMONIA PERFECTA

DE LA REVELACION Y DE LA CIENCIA,
DE LA FE Y DE LA RAZON

POR EL ABATE MOIGNO,

DIRECTOR DEL COSMOS.

PRIMERA VERSION CASTELLANA.

Segunda edición notablemente corregida.

TOMO CUARTO.



UNIVERSITAT
MUNICIPAL



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

BARCELONA.

LIBRERÍA DE LA INMACULADA CONCEPCION, BUENSUCESO, 13.

1885

44828

8
241
186

BL 240
M 64
V. 4.
1883-85



FOUNTO ENSTERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ES PROPIEDAD DE D. JUAN GRANULOSA.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



Biblioteca Municipal
de Valverde y Tellez

85844

PREFACIOS.

EL AUTOR

FRANCISCO MARÍA MOIGNO,

NACIÓ EN GUÉMENE-SUR-SCORF (MORBIHAN),

el 15 de abril de 1804.

Canónigo de San Dionisio, canónigo honorario del Cabildo de la Catedral de Vannes; doctor en teología de Santo Tomás de Aquino, profesor emérito de la misma ciencia, de hebreo, de Sagrada Escritura, de historia eclesiástica, de matemáticas y de física y química; autor de las *Lecciones de cálculo diferencial*, del *Cálculo de las variaciones*, de la *Mecánica analítica*, del *Repertorio de óptica moderna*, del *Telégrafo eléctrico*, de las *Actualidades científicas*, de la *Llave de la ciencia*, quinta edición francesa; de los *principios fundamentales por los que se han de resolver hoy día las dos grandes cuestiones: 1.ª relaciones entre la Iglesia y el Estado* y 2.ª *libertad y organización de enseñanza; antiguo redactor del Universo*, de la *Union Monárquica*, de la *Epoca*, de la *Prensa*, del *Pais*; redactor de los veinte y un primeros volúmenes del *Cosmos*, de los tres primeros volúmenes de los *Anuarios del Cosmos*, de los treinta y nueve volúmenes de los *Mundos*; traductor de la *Correlacion de las fuerzas físicas*, de Grove; del *Calor considerado como*

008110

una forma de movimiento, de Tyndall; de las Lecciones sobre el sonido y de la Luz del propio autor, miembro de la Asociación británica que tiene por objeto el adelanto de las ciencias, de la Academia imperial Estanislao de Nancy, de la Sociedad bávara de Rotterdam, de la Sociedad de ciencias de Harlem, del Instituto geológico de Viena, de las sociedades industriales de Mulhouse y de Lion, de la Sociedad de Ciencias, letras y agricultura de Versalles, de las academias pontificias, Nuovi-Lyncei é Inmaculada Concepcion, de la filosófica-medicinal de Santo Tomás de Aquino de Florencia, y de muchas otras Sociedades Científicas; uno de los fundadores de la Obra de S. Francisco Javier, caballero de la Legión de honor, oficial de la órden de los Santos Maurício y Lázaro de Italia, y por último comendador de la órden de Carlos III de España.

Acaso se encontrará extraño que yo despues de haber escrito tantos libros con esta sencilla indicacion, *por el abate Moigno*, haga gala en el frontis de estos volúmenes de una larga série de cualidades y títulos. ¿Habré yo cedido á un sentimiento pueril y ridiculo de vanidad? Mi conciencia me atestigua que no es asi.

Pero en la obra que hoy publico, fruto de los estudios y afanes de mi vida entera, vengo á pelear las batallas del Señor, es decir, voy á defender la verdad y divinidad de mi fe; hé aquí porque necesito revestirme de todas mis armas.

Vivimos en un siglo que no admite la sinceridad ilustrada de las almas que creen, que publica la afirmacion insultante de que la ignorancia es la salvaguardia de la fe, que toma en el sentido material de la palabra que mata esta admirable sentencia del Salvador: *Bienaventurados los pobres de espíritu*; que quiere en fin que la ciencia haya muerto á la fe, y que allá donde subsiste ésta, todavia nó puede haber ciencia. En estas condiciones, sin ninguna duda, yo hubiera perjudicado á mi causa, y por consiguiente faltado á mi deber, si antes que todo no me hubiese hecho considerar como sabio, lo que no podía hacerse

sin añadir á mi nombre las distinciones honorificas que me han sido concedidas.

Sin vacilacion declaro: que si hay algun escritor que lleve las condiciones exigidas por la mision de justificar y probar la perfecta relacion que reina entre la fe y la ciencia, este escritor soy yo. Yo no puedo ser acusado de ignorante; y así cuando yo afirmo que en el mismo tesoro de verdades que posee gloriosamente la ciencia no hay una sola que un hombre de buena fe pueda convertir en una arma contra la religion, preciso será que sean discutidas mis pruebas, sin que se pueda sospechar el que yo rehuse la discusion. Imitando la forma de lenguaje santa y audaz de S. Pablo, yo podré decir sin orgullo á los más ardientes partidarios de la ciencia, á sus más autorizados representantes: «Vos sois sabio, yo lo soy tambien; vos habeis sondeado todas las profundidades de la teoría y verificado todas las experiencias, yo he teorizado y experimentado tanto como vos. Vos habeis amado el progreso, yo tengo por él una pasion loca, y se me ha visto siempre en la primera fila de sus promotores. Libros, periódicos, folletos, lecciones, conferencias, conversaciones, todo lo he puesto en práctica para hacerlo accesible á los que lo deseaban y hacerlo aceptar á los que lo rechazaban. ¡Y los hombres que lo rechazaban fueron algunas veces los que al parecer eran sus más ardientes promotores!

Añadiré tambien, porque nadie lo ignora, que yo he estado siempre á la cabeza y muy adelante por cierto de las modernas teorías, de la cual muchos se han admirado y tal vez escandalizado. Primeramente he proclamado las verdades conquistadas por una ciencia que ha llegado al fin al estado adulto; he unido mi nombre, como si fuera un cascabel sonoro, á las doctrinas más libres en la apariencia, pero en realidad las menos enemigas de la fe: la sencillez é identidad de los últimos átomos de la materia, la reduccion de todos los fenómenos de la naturaleza á la materia y al movimiento, la unidad y correlacion de todas las fuerzas físicas y químicas, su homogeneidad mútua por

equivalentes dinámicos, etc., etc. No he debido retroceder ni he retrocedido ante ninguna de las grandes síntesis de la ciencia moderna, porque ellas son la expresión de la verdad y tienen lo que la generalidad de los sabios ignoran, su razón de ser, su explicación postrera en la metafísica, la primera y la más sublime de las ciencias, pues que ella es en nosotros el reflejo de la luz de Dios, que ilumina, cuando vienes al mundo, á toda alma hecha á su imagen y semejanza.

Séame permitido recordar aquí el espontáneo homenaje que el baron Carlos Dupin, el gran geómetra, decano de la sección de mecánica del Instituto de Francia, quiso rendirme en los siguientes términos en la sesión del Senado del 25 de febrero de 1870, en ocasión de discutirse la libertad de enseñanza superior, libertad concedida en fin en 1875 y mutilada en 1876. Yo cito todo el pasaje, porque ofrece hoy un interés de actualidad.

«... Esto produce un interés harto singular. Royer-Colliard, que yo citaba, estaba persuadido de la grandeza de la excelencia de la Universidad, y que nada era capaz de igualarla. Tenía sobre este punto todas las ideas de M. de Saint-Arnaud. Los jesuitas, decía, no tuvieron jamás sino medianos profesores, y yo les reto á que establezcan una enseñanza de primer orden. Él me decía esto poco después del año 1830. Sin embargo los reverendos Padres han ido con toda calma, de progreso en progreso, y, cosa que irrita á sus antagonistas, han procurado formar sus profesores. Ellos tienen en su instituto una regla maravillosa, que los gobiernos deberían procurar imitar, á fin de sacar el mejor partido de los hombres. Después de haber sido aceptados para formar parte de su orden, se examinan cuáles son las aptitudes de los novicios, y se les dice: V. tiene el don de la palabra, V. tiene disposiciones para las manifestaciones brillantes, V. será misionero y predicador, V. es excelente para los detalles de la administración, V. será nuestro economo. Y en fin á cada uno, como al abate Moigno, uno de los geómetras más distinguidos de Europa,

se dijo, V. tiene el génio matemático, V. será profesor de ciencias exactas.» (*Diario oficial* del 20 de febrero, columnas 3 y 4.)

Por otra parte M. Dumas, el ilustre secretario de la Academia de ciencias, en la sesión del lunes 10 de setiembre de 1872 se dignó pronunciar las siguientes palabras de las cuales se hizo eco el diario oficial:

«Yo tengo el honor de depositar, prosiguió M. Dumas en nombre del abate Moigno, toda una serie de libritos que forman un verdadero curso de ciencia ilustrada con el título de *Actualidades científicas*. Los descubrimientos modernos están tan completamente desarrollados en ellos, que no se encuentran equivalentes conocimientos en otros libros que de día en día van saliendo á luz. Son conferencias detalladas sobre las cuestiones más en boga, especialmente sobre los asuntos tratados en Inglaterra, Alemania, etc. Ejemplos: Combinaciones de los átomos.—Análisis espectral de los cuerpos celestes.—Fuerza y materia.—Las luces modernas.—Física molecular.—Teoría del velocípedo.—Constitución de la materia.—Indagación histórica de la teoría mecánica del calor.—Trasformación química del carbono.—Fenómenos y teorías eléctricas.—Todas las lecciones de oportunidad de MM. Tyndall, Hofmann, Huggius, Tait, Rankine, Odling, etc.

Hace ya cincuenta años que M. Moigno marcha á la cabeza del movimiento científico. Él ha introducido en Francia todas las novedades de la ciencia extranjera. Nosotros le debemos el conocer casi todo lo que se hace en las naciones vecinas; recíprocamente, á él debemos el que muy á menudo los sabios extranjeros conozcan nuestros trabajos.

«Con sus periódicos y libros, el abate Moigno ha prestado incesantes servicios á la ciencia; ha constituido una especie de libre-cambio intelectual entre los sabios franceses, ingleses, alemanes, italianos y americanos. Ha unido, más que ningún otro, las escuelas, facultades, universidades y grandes centros científicos. Pues que la oca-

sión se presenta, es bueno recordar á la generacion presente, que muchas veces no atribuye con bastante imparcialidad á su verdadero autor el mérito de haber introducido entre nosotros el buen gusto en los estudios y lecturas científicas.»

Inglaterra me ha rendido tambien un precioso testimonio de notoriedad científica. El *Monthly Notices*, diario oficial de la Real Sociedad astronómica, me notificó un día, que mi humilde nombre vulgar breton habia sido dado á un cráter de la Luna últimamente notado, determinado con más claridad, y designado en los mapas y en los catálogos por el número 408. Grande honor, porque apenas cuarenta nombres franceses están inscritos en la superficie del satélite de la tierra, y porque muchos nombres ilustres han aparecido en ella despues del mio.

América no me olvidó tampoco: cierto día recorriendo mis ojos el vocabulario de nombres biográficos del magnífico Diccionario ilustrado anglo-americano, de Webster, edicion de junio de 1864, que me habia sido regalado, sorprendíme al hallar mi nombre en él, con las dos maneras de pronunciarse, inglesa y americana.

En Viena (Austria) un editor, M. Lenoir, que bajo el patronato de la Academia Imperial de ciencias, publicó el catálogo, con grandes retratos litografiados, de los matemáticos eminentes, me cedió en él un lugar distinguido.

En Berlin M. Poggendorff, en su gran Diccionario Biográfico para servir de complemento á la historia de las ciencias exactas, quiso tratarme como amigo.

Yo no puedo ser sospechoso á la ciencia: yo he otorgado á esta siempre, y siempre se lo otorgaré, lo que se la debe, esto es, me he sometido á sus teorías, he aceptado francamente sus hechos sin ningun pensamiento oculto, sin imponer otras condiciones que darles su bienvenida al grupo de verdades consideradas como tales por ella. Jamás me ha sucedido, ni me sucederá, el tener que rechazar una teoría, ó un hecho demostrado por la ciencia,

por la causa irracional, imposible, de que esta teoría y este hecho demostrados son contrarios á mi fe.

Yo debo inspirar tanta menos desconfianza á la ciencia, cuanto que no soy un especialista, matemático, físico, químico ó naturalista exclusivo, confinado en un órden particular de ideas, dando vueltas en su estrecho círculo de doctrinas y fenómenos, absorbido en el perseguimiento incesante de una misma clase de problemas. Por vocacion, por una disposicion natural de mi espíritu, y tambien por deber, fui llevado á estudiar sucesivamente y de una manera profunda las diversas ramas de las ciencias humanas. Apenas habia recibido de mis ilustres maestros, Cauchy, Ampère, Binet, la enseñanza comparada de las ciencias físicas y matemáticas, cuando ya en el Museo de historia natural me iniciaba en las colecciones de los jardines y de las galerías, bajo la direccion de Cuvier, Haüy, Desfontaines, Thonon, en los secretos de la zoología, de la botánica, de la mineralogía y geología. Más tarde, fundador y director de una escuela normal del clero, que tuvo bastante nombradía, enseñé á mi vez las matemáticas, la física, la química, la astronomía, etc...

Un último título, en fin, me hace acreedor á la confianza de los sabios. El temple de mi espíritu, al paso que me hacia amar las profundidades de la ciencia, me arrastraba irresistiblemente á lo vulgar ó á la exposicion elemental, en el lenguaje familiar, de las conquistas de la ciencia é industria.

Mi primer artículo del diario data del 1829, y desde este año jamás ha cesado mi pluma, haciendo más de lo que se puede decir, de analizar y hacer conocer los descubrimientos de los otros, celoso de promover su gloria, ardiente en defender sus derechos, é indiferente siempre á mi propia gloria. Yo me habia preparado á esta tarea por aficion, haciendo un largo y sério estudio sobre las lenguas europeas, y puedo decir que, del 1830 al 1876, he leído y resumido, pluma en mano, casi todo lo publicado sobre ciencias progresivas en periódicos y

libros, en Alemania, Inglaterra, España, Italia, Rusia, etc.

Asimismo es preciso que lo confiese; yo he sido impelido hasta el exceso por el amor á la vulgarización de las ciencias. En agosto de 1872 me atreví á inaugurar en París, con mis solos recursos, y con el nombre de *Escuela del Progreso*, un magnífico establecimiento cuyo objeto era: promover por medio de lecciones y conferencias públicas el progreso real y bienhechor, y dar el mayor y más rápido impulso á las invenciones y descubrimientos de la ciencia é industria; combatir enérgicamente los dos enemigos inexorables del progreso, de los descubrimientos y de la invención, la ignorancia que los mata en su gérmen, ó los tiene sumidos en la nada, y la rutina que les opone el cerco inaccesible de la inercia.

¡La época y el lugar de esta demasiado grande empresa habian sido mal escogidos! La agitacion política era extraordinaria, y mi escuela de la ciudad del Retiro, calle de Faubourg-Saint Honoré, n.º 30, estaba demasiado lejos de la circulación pública!

Después de tres meses de ejercicios casi superiores á mis fuerzas, tuve que resignarme á volver á entrar en mi humilde retiro de Saint-Germain-des-Prés. Sólo Dios sabe cuántas fatigas, inquietudes, angustias y gastos enormes me costó esta enérgica campaña. Nada de esto me pesa, y si fuere preciso, volvería á empezar, aun cuando desde el principio de mi trabajo se me presentase ante mí todo cuanto he padecido. Yo soy dichoso por ello, y me glorío, yo, humilde sacerdote, sábio y pobre, animado y bendecido por Pío IX que se dignó decir que me amaba, de haber izado el primero y haber sostenido con firmeza la bandera del progreso, es decir, la bandera necesariamente divina de lo *Verdadero*, de lo *Bueno* y de lo *Bello* en todas sus formas.

Este episodio lo prueba sobradamente. La ciencia no puede negar que soy uno de sus apóstoles más ardientes, y los sabios que desde hace ya tiempo me han conce-

dido un puesto entre sus filas, no rehusarán reconocer en mí á un hermano, á un amigo, un eco fiel de sus investigaciones y enseñanzas.

Yo seré aun menos sospechoso á la religión, porque he hecho mis estudios eclesiásticos en la escuela por excelencia del saber y de la piedad; y porque después de haber estudiado durante seis años la filosofía y teología con maestros sabios y santos, he enseñado á mi vez tres años estas ciencias, las más sublimes de todas.

Yo gozo tambien de un favor insigne, el cual, en este momento, de rodillas y con el corazón lleno de un reconocimiento sin límites, agradezco á Dios. Tengo setenta y tres años, nada he dejado de leer, todo lo he entendido, y jamás se ha apoderado de mí una duda ó he tenido una simple tentacion contra la fe. Yo he creído siempre y creo hoy más que nunca, todas las verdades enseñadas por la Iglesia católica, apostólica, romana, con una fe tranquila, serena, viva y fuerte, sin que, lo repito, ninguna nube se haya interpuesto entre un dogma y mi espíritu. Yo debo esta dicha incomparable, antes que todo, á una gracia particular del cielo, y luego á la influencia y al recuerdo de mi virtuoso padre, Vicente Pablo Alejandro Renato Moigno, espíritu recto, corazón noble cual ninguno. Yo lo debo en fin al espejo de mi inteligencia, enemiga jurada de la sutileza y del sofisma, á la costumbre del trabajo y de la oracion que he tenido toda mi vida, á la fidelidad que he guardado á mi cara sotana, vieja y santa compañía que no he abandonado desde hace cincuenta años, á la frecuencia en fin de los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. He viajado mucho, y salvo dos ó tres excepciones, he dicho la santa Misa con todo el fervor de que he sido capaz.

Yo he sondeado tanto como he podido los misterios de la religion y de la ciencia, y mi fe jamás se ha alterado: mi palabra será, pues, la de un testigo instruido, convencido y fiel.

No se podrá decir que la santa Iglesia, á la cual estoy

unido del fondo de mis entrañas, haya tenido conmigo preferencias y ternezas excepcionales. Al contrario, es cierto y yo me felicito y regocijo de ello hoy (en interés de la grande causa que voy á emprender y ganar), que ella ha sido bastante tiempo para conmigo fria y reservada.

Entré á los diez y ocho años en la Compañía de Jesús, en setiembre de 1822, y permanecí en ella hasta el 15 de octubre de 1843, sinceramente unido á mi vocacion, estimado de mis superiores, amado de mis hermanos. Yo era profeso de cuatro votos, lo que significará para los crédulos que estaba iniciado en todos los secretos de la órden. Había visto puestas en mi nombre una gran parte de las propiedades de la provincia de Francia; y gozaba en la Compañía y fuera de ella de la reputacion de un sabio y buen religioso. Yo era dichoso entonces, tan dichoso como se puede ser en la tierra, dichoso en el seno de una vida de trabajo, de fatiga, de privaciones y austeridades.

Una súbita tempestad me separó de esta ilustre sociedad. Yo podria revelar aquí el secreto de mi separacion, seria natural que me vengase de las acusaciones perversas, pero prefiero mil veces más humillarme ante la mano de Dios. Yo no me hago ilusiones; la pérdida de mi vocacion fué una desgracia ó un castigo merecido por numerosas faltas á las reglas. El que es injusto en lo poco tambien lo es en lo mucho. (Luc. c. XVI, v. 10.)

Pero le plugo á Dios sacar bien del mal. Quiso que la justicia y la misericordia se reconcentrasen en mí, y yo se lo agradezco con todo mi corazón. La divisa que me habia inspirado en mi tercer año de noviciado, es preciso que Dios sea ensalzado y yo humillado, me libraron del abatimiento y de la desesperacion. Por el amor y la costumbre al trabajo y á la oracion, que Él conservó en mí, me hizo comprender que me reservaba para una mision gloriosa, la reconciliacion de la fe y de la ciencia, mision que difícilmente habria podido yo llenar, con la misma

asiduidad é independencia en la Compañía de Jesús. El parecer casi unánime de mis antiguos hermanos es en efecto, que Dios me habia trazado este destino, y este parecer me llena de consuelo. Además, ellos saben que yo no he cesado de amar tiernamente á la que fué nuestra comun madre, y que he permanecido siendo lo que era antes cuando vivía en medio de ellos, en los bellísimos años de mi vida religiosa.

Hé aquí, pues, que de improviso me hallé como lanzado en un mundo al que era enteramente extraño. Imposible seria decir lo mucho que sufrí durante doce años que siguieron á esta mi salida. Odiosas calumnias, proscriptio- nes injustas, profunda miseria, crueles persecuciones por faltas que no cometí, ó que tenían por causa un exceso de imprudente caridad, etc.; en una palabra, se me trató sin piedad alguna. Con todo, puedo afirmar que hallé en la tribulacion una grande dicha y felicidad, que comprendí y aun gusté esta palabra de Jesucristo tan amarga á la naturaleza: *Serets dichosos cuando los hombres os calumnien, cuando con mentira digan de vosotros todo el mal imaginable.*

Durante estos crueles años de prueba, habia yo llegado á ser considerado como un extraño, como un desconocido por la mayor parte de los miembros del episcopado y del alto clero, por los mismos que en otras ocasiones me habian colmado de agasajos y de afeccion. Obedeciendo á mi conciencia y arrastrado por mi amor á la Iglesia, publiqué con el siguiente título de actualidad: *Los verdaderos principios por los cuales deben resolverse en los tiempos modernos las dos grandes cuestiones: 1.ª relaciones de la Iglesia y del Estado; 2.ª la libertad y organizacion de la enseñanza*, folleto que tuvo un éxito feliz, del cual se hicieron numerosos pedidos, pero sin pronunciar el nombre de su autor, considerado tal vez como un tráfuga.

En 1848, monseñor Sibour, recientemente nombrado arzobispo de Paris, se dignó nombrarme segundo padre espiritual del liceo de Luis el Grande. Permanecí allí algunos

años; pero en vista de la desorganización momentánea de este establecimiento, en otro tiempo y hoy día tan floreciente, cansado de la vida secular y deseoso de encontrar la calma de la vida religiosa, presenté la dimisión.

Mi intento de entrar en una congregación entonces naciente, no debía realizarse. La Providencia me mostró lo que esperaba de mí, deparándome la ocasión y los medios de fundar mi periódico semanal *Cosmos*, llamado más tarde *Los Mundos*. Yo me consagué á él pobre y humilde, sin empleo ni en la Universidad ni en la Iglesia. Después de tres años de vida retirada en una comunidad, me tuve como muy feliz de ejercer en San Sulpicio, con el módico sueldo de cuatrocientos francos anuales, las funciones de diácono; y el autor del *Mandit* pudo decir esta vez sin calumnia: «Un sabio de primer orden, el amigo de Francisco Arago y de Alejandro de Humboldt, cuya nombradía es europea y que dejó desde hace ya muchos años de ser jesuita, está ahora de diácono en una de las parroquias de París.» En 1857 por la invitación de M. Comte, párroco de Saint-Germain des Prés, acepté el ser subdiácono de oficio y administrar los últimos sacramentos, con condiciones un poco mejores. Es la más humilde de las posiciones eclesiásticas, pero es honrosa: en primer lugar, porque todo es glorioso en la casa de Dios; y en segundo lugar, porque yo tenía el poder de confesar y predicar, y porque la salud de las almas de la parroquia me estaba en parte confiada durante la noche.

Muchas veces sin embargo oí decir á sabios célebres, que demostraban profesarme más que simple afecto, una amistad sincera, y que conocían á la vez mi posición y el rango inferior que ocupaba entre el clero: «Si V. no fuese un mal sacerdote, la Iglesia de París le diría sin riesgo de ser considerada como una madrastra: «Amigo mío, sube más alto.» Yo me contenté con responder con sincera resignación: «La Iglesia de París no es una madrastra; ella sabe que yo no soy un mal sacerdote, y está en su derecho pensando que hace por mí cuanto puede. Mi

mínimo empleo me da lo necesario y me ocupa poco tiempo, me pone en posesión, en la misma Iglesia, de una especie de ermita, lejos del bullicio de las calles, verdadero santuario de oración y de trabajo; ¡benditas ocupaciones de mi vida!»

Sin duda que como otros tantos eclesiásticos, yo hubiera podido cubrir las apariencias, costituyéndome en sacerdote simplemente establecido en una parroquia ó capilla. Pero, por otra parte yo era pobre, sin otros recursos que mi pluma, y rodeado y arruinado por miserias que aliviar, y por otra parte jamás podía resolverme á permanecer por segunda vez fuera de los cuadros de la jerarquía eclesiástica.

Me felicito más y más cada día, por la enérgica resolución que tomé de permanecer^a y morir, si era preciso, simple subdiácono de oficio de Saint-Germain-des Prés: *eleji abjectus esse in domo Dei mei!*

En esta época Monseñor Gazeilhán, entonces obispo de Vannes, dignóse nombrarme canónigo honorario del cabildo de su catedral.

En estas circunstancias y con estas disposiciones, fué cuando me atreví á emprender la redacción é impresión de los *Esplendores de la fe, ó armonía perfecta de la revelación y de la ciencia*. Decíame tímidamente, aunque con cierta confianza en mí: Las academias reconocen que soy sabio; hablaré, pues, con autoridad; la Iglesia sabe que soy buen sacerdote, sacerdote humilde, si se quiere, como grano de trigo que debía morir antes de ser fecundo, pero sacerdote fiel á mis creencias y deberes; yo hablaré, pues, con convicción, y también con gracia de estado.

Acababa el primer bosquejo de esta obra en octubre de 1868, y bien lejos estaba de prever que la gran empresa que emprendía exigiria siete largos años de continuo y difícil trabajo! Después de haber estudiado toda mi vida y haber acopiado incesantemente los materiales necesarios, creí poder comenzar la redacción; pero muy pronto me persuadí de que tenía que abrir un camino á tra-

vés de un bosque virgen, y que me seria forzoso caminar paso entre paso y á tientas.

No importa; mis *Esplendores* me favorecieron antes de nacer, y yo se lo agradezco.

Al terminar mis estudios habia sufrido el grande exámen de *Universa Philosophia et Theologia*, y tenia en la Compañía de Jesús el título de doctor en teología; pero no era oficial ó legal. Atrévime á manifestar mi deseo de ver confirmado y consagrado mi doctorado segun los usos y cánones de la Iglesia, á un ilustre y piadoso cardenal, al príncipe Luis Luciano Bonaparte, que me habia demostrado siempre mucha afeccion.

Apenas hube manifestado modestamente este deseo, cuando ya recibí de la Sagrada Congregacion de Propaganda el siguiente diploma:

«En la audiencia del Santísimo Padre, celebrado el 17 de setiembre de 1871.»

«Considerando que el Reverendo Francisco Moigno, sacerdote de la archidiócesis de Paris, ha dado á la Santa Sede apostólica claras pruebas de su celo por la religion, de la integridad de sus costumbres y de profundos conocimientos, entregándose á los estudios teológicos, así como por la justificada certification del reverendo provincial de la Compañía de Jesús en la provincia de Francia, Nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX, por conducto de Nos, secretario infrascrito de la sagrada Congregacion de Propaganda, se ha dignado crear y declarar á dicho sacerdote Francisco Moigno, doctor en la Facultad de teologia, con todos los honores y derechos pertenecientes á estos. Su Santidad ha querido que el sacerdote promovido á esta dignidad haga lo más pronto posible la ordinaria profesion de fe católica ante su diocesano, siguiendo la forma prescrita por S. S. el soberano Pontífice Pio IX.

«Dado en Roma, en el palacio de dicha Sagrada Congregacion, el dia y año ya citados.»

Mi deseo habia sido escuchado mejor de lo que esperaba: era doctor de Santo Tomás de Aquino, doctor en teología,

dignidad pocas veces concedida. Creia se habia acabado todo, cuando un mes despues, el Soberano Pontífice Pio IX, tan santo y tan grande, tan dulce y tan fuerte, dispuso dirigirme desde el Vaticano, ¡ay! su prision, un breve apostólico que me confundió, y me hizo bendecir más que nunca mi vida de oracion, de humillacion y trabajo.

A nuestro querido hijo FRANCISCO MOIGNO, sacerdote francés,
PIO IX SOBERANO PONTÍFICE.

«Los Pontífices romanos, nadie como ellos apreciadores y padres alimentadores de la virtud y de la verdadera ciencia, jamás dejaron de dar pruebas de paternal benevolencia á los que al mérito de un saber eminente unian una piedad ejemplar, una fe inquebrantable y una sincera consagracion á la Santa Sede Apostólica. Este bello elogio, queridísimo hijo, se dirige seguramente á vos que, al mismo tiempo que el brillo de vuestra nombradía atrae sobre vos las miradas de todos los sabios, no solamente de Francia, sino tambien de otras naciones, verificais por medio de vuestra religion é integridad vuestra sumision á la Silla de San Pedro, como era de esperar de un varon eclesiástico y sapientísimo. Por cuanto vos nos dirigisteis el humilde ruego de que os confriese, aunque no hubieseis seguido en el colegio de Santo Tomás de Aquino de los Padres Predicadores los cursos ordinarios de teologia, el título de doctor en esta facultad, Nos que sabemos por buen conducto, que aunque jóven todavía, habeis probado en ejercicios públicos vuestro valor en estas mismas ciencias, con el mejor gusto cumplimos vuestro deseo. Siendo así, queridísimo hijo, os absuelvo y os tengo por absuelto, á este fin solamente, de todo anatema, suspension, interdicto y demás sentencias eclesiásticas, si es que habeis incurrido en ellas, de cualquier manera y por cualquiera causa que hayan sido pronunciadas, creándoos, constituyéndoos y declarándoos por estas Letras, con nuestra autoridad apostólica, doctor en sagrada teologia, concediénd-

doos y permitiéndooos que useis de este título en los diplomas ó en cualesquiera actos. Por lo cual, queridísimo hijo, todos los derechos, privilegios, prerogativas ó indultos, con cualquier nombre que se les designe (cualquiera que sea la autoridad apostólica, imperial ó real que se le haya concedido), que por derecho ó costumbre usan y gozan, pueden y podrán gozar, aquellos que despues de haber probado su erudición en cualquier universidad, han obtenido el grado de doctor; por nuestra autoridad apostólica, Nos os los conferimos, atribuimos y concedemos. Todo esto os lo concedemos y otorgamos, decretando que las presentes Letras apostólicas sean y deban ser tenidas como consistentes, válidas y eficaces, que surtan y obtengan todos sus efectos, completos y enteros, que os aseguren con todas sus circunstancias los títulos, derechos y privilegios ya mencionados, y así sea publicado por todos los jueces ordinarios y delegados del Sagrado Palacio, y de los cardenales de la Santa Iglesia Romana, quitándoles á todos y á cada uno de ellos la facultad de juzgar y definir de otra suerte. (*Siguen las sanciones usadas*).

«Dado en Roma en S. Pedro, bajo el anillo del Pescador, el 2 de octubre de 1871, el veintiseis de nuestro pontificado.»

Yo no he retrocedido ante ninguna de las conquistas de la ciencia; al contrario he seguido tras el progreso con todas mis fuerzas. El Soberano Pontífice lo sabe. Y alaba y bendice en mi humilde persona la armonía perfecta de la ciencia y de la fe. Esta armonía será en mí un hecho, como es en él un mismo dogma. Deseo cuanto antes hacer brillar este hecho y este dogma en mis *Esplendores*, para los cuales sirve este Breve de incomparable prefacio.

Pero me falta todavía algo para ser completamente dichoso. Rehabilitado, mas allá de mis esperanzas, me sentí vivamente inclinado á acercarme á la Compañía de Jesús, mi santa y gloriosa Madre; concebí un deseo ardiente de pertenecer á ella lo más que se pueda, sin vivir

en su seno. Dirigí con este objeto una humilde súplica al muy reverendo Padre General, por intermediación del Reverendo Padre Rubillon, Asistente de Francia, mi antiguo discípulo y amigo. La respuesta no se hizo esperar mucho tiempo, y me considero feliz consignándola aquí; está escrita en Roma el 25 de agosto de 1872. «Me sirva de gran consuelo veros solicitar de nuevo y con más instancia que nunca el ser admitido en la Compañía de Jesús, y en ocasión de estar ésta padeciendo una violenta y universal persecución; ahora que la augusta aprobación de Pio IX acaba de consagrar los felices éxitos de vuestros trabajos y dar un nuevo impulso á estos en bien de la Iglesia, he hecho yo valer estos títulos ante nuestro Reverendo Padre General; éste los ha tenido en cuenta; y os concede con mucho gusto lo que le habeis pedido: 1.º unión de oraciones y méritos con la Compañía, y 2.º la autorización de terminar vuestra vida en una de nuestras casas, con el consentimiento de los superiores locales.» El muy Reverendo Padre Bechs quiso también añadir de su propia mano: «Concedo con todo mi corazón las dos peticiones mencionadas,» y su firma.

Había llegado al colmo de mis deseos, y al instante mis ojos y mi corazón se dirigieron al piadoso y científico asilo de Fourvières dó los Padres de la Compañía redactan los *Estudios Religiosos*; tenía yo alguna vanidad en presentarme con armas y bagajes; los *Mundos* habrían tal vez completado los *Estudios*. Por consiguiente escribí á uno de mis hermanos; hé aquí su respuesta á la cual me conformé: «Con verdadera alegría religiosa he sabido lo que me anunciáis respecto á las disposiciones tomadas por el muy Reverendo Padre General en lo que os concierne; y todos aquellos de mis hermanos á quienes he hablado de ello han experimentado un vivo y dulce consuelo en el Señor. ¡Oh! sí seguramente, Dios os ha confiado una misión grande y gloriosa, y á pesar del deseo que tenemos de veros un día unido á nosotros, con lazos más estrechos que los del corazón, pensamos que es útil, ó mejor aún

necesario, el que sigais guardando lo más posible el puesto de honor en que la Providencia os ha colocado, para no perder de vista y quitar la careta à la falsa ciencia, y sostener ante el mundo entero la gloria de la ciencia cristiana y del sacerdocio católico.» 15 de abril de 1873.

Algunos meses despues, un decreto del Mariscal Presidente de la República, refrendado por M. Batbie Ministro de Cultos, con fecha del 15 de setiembre de 1873, me nombró Canónigo del insigne Cabildo de San Dionisio.

A esta dignidad Monseñor el Obispo de Vannes tuvo à bien añadir la de Canónigo honorario de su Catedral con honores de Obispo.

En San Dionisio fué donde tres años despues, en un pacífico retiro, de cuyas ventanas veíase la antigua y espléndida Basilica, continué mis *Esplendores de la Fe*.

Tambien en San Dionisio fué donde sufrí una nueva prueba, de la que voy à dar cuenta en pocas palabras. Un decreto de la Congregacion del Índice, con fecha del 7 de setiembre de 1875, condena una de mis *Actualidades científicas; LA FÉ Y LA CIENCIA, explosion del libre pensamiento, en Setiembre de 1874; Discursos* de MM. Tyndall, Bois-Raimond, Ricardo Owen, Huxley, Hooker y sir John Lubbock, anotados por el abate F. Moigno, Canónigo de San Dionisio y director de los *Mundos*.

El decreto aplica à mi obra la segunda regla del Índice del Concilio de Trento: «Los libros de autores herejes que tratan ex-profeso de la religion están absolutamente condenados.»

El edicto exceptúa mis prefacios y notas, es decir, todo lo mio, del opúsculo, el cual tenia por objeto refutar brevemente todos los errores que la ciencia moderna opone à la Religion.

La condenacion nada encierra que ataña à mi personalmente; en realidad sólo se refiere à los discursos que reproduje para mejor combatirlos.

Pero tambien no es menos verdad que mi libro está

contenido en el Índice, y que yo tengo la culpa de que se haya publicado.

Lo reconozco y no trataré de disculparme.

Nadie lo sabe mejor que yo, es incomparablemente más contagioso el error, que persuasiva la verdad. Mis notas, por claras, precisas y convincentes que sean, pueden no neutralizar completamente el veneno de los espíritus tenebrosos del libre pensamiento, y por lo tanto hubiera debido dejar de publicar integramente los enganosos discursos de los sabios sublevados contra la fe.

Apresúrome à declarar de antemano: si la condenacion del Índice se hubiese dirigido ó se dirigiese à mis *Esplendores de la Fe*, la grande obra que coronará mi larga vida de estudio y oracion, rudo trabajo de siete años de redaccion, cuya impresion tanto me ha costado; ahora mismo ni un instante vacilaria en someterme y sacrificarme, no sin vivo dolor, mas sin otra pena que la de no haber sabido preservarme del error... La autoridad legitima,—la autoridad espiritual sobre todo—no se discute; se acepta, se inclina ante ella; luego se dirigen los ojos al cielo, y se le adora.

Esta larguísima relacion, no lo disimulo, escandalizará à algunos espíritus austeros, y aun parecerá tal vez inconveniente ó al menos inoportuna.

Pero yo no me creo autorizado por mi conciencia para suprimirlo; porque me ha parecido muy natural para granjear alguna simpatía à mi libro, dándole más importancia y oportunidad.

Me resigno à ser acusado de vanidad, la mas necia de las debilidades humanas; y bendecirá esta humillacion, si mi autobiografía contribuye à darme entrada en una alma para llevarla otra vez à la Fe.

F. MOIGNO.

San Dionisio 24 de mayo de 1876, el día de la fiesta de N. S. del Auxilio de los Cristianos.

EL FUNDADOR DE LOS MUNDOS Y DE LA ESCUELA DEL PROGRESO.

◆◆◆◆◆

En el momento más solemne y crítico de mi tan probada existencia, cuando sufría los dolores de la creación de mi Escuela del Progreso, tuve la dicha de inspirar, sin tener conocimiento de ello, un vivo interés á un habil escritor, á M. Victor Fournel, quien con el seudónimo de «Bernadille» redactaba la brillante crónica de *Le Français*. Sorprendime muchísimo al ver que en el número del 6 de diciembre de 1872 se había dignado hacer de mi humilde individualidad un atractivo estudio, del cual me felicito con todo mi corazón. Hé aquí cuál fué el sentimiento que se apoderó de mi alma despues de leerlo. Posible es que la creación de la «Escuela del Progreso» exceda á mis medios, y que me vea obligado á cerrarla, interin no vengan días mejores. ¿Por qué no ha de tener M. V. Fournel la providencial misión de realzar la víctima, para que ésta caiga al menos con honor bajo el inmenso peso de su trabajo, y la de granjearle simpatías que contribuyan á levantarla cuando suene la hora?

«Si alguna vez paséis, entre ocho y nueve de la noche, por los alrededores del arrabal de San Honorato, os invito á que os llegueis hasta el número 30 y á que preguntéis por la Escuela del Progreso. Sin estorbo alguno llegareis hasta allí; la cosa vale la pena de que se examine. La Escuela del Progreso la abrió no há muchas semanas el abate Moigno, aquel que, segun manifestó últimamente el químico M. Dumas, en una de las sesiones de la Academia, vá hace ya más de medio siglo á la cabeza del movimiento científico de Francia.

«Es una empresa grandiosa que necesita de la cooperación del público. El abate Moigno, ayudado de los colabo-

radore que le rodean, toma á su cargo el hacer cotidianamente cursos de ciencia ilustrada, que comprenderán todas las ramas del saber humano: química, física, historia universal y natural, geografía y aun no sé qué más... acompañadas de todas las demostraciones y experiencias que pueden contribuir á la claridad ó interés de las lecciones, alternadas además éstas por la música, destinada también á suavizar el trabajo á aquellos que sólo consienten en instruirse con la condición de poderse divertir.

«Tal es el rudo trabajo que el abate Moigno, á la edad de sesenta y nueve años, acaba de cargar sobre sus espaldas con la actividad y fe que le caracterizan.

«En América ó Inglaterra seguro sería que una tentativa de este género tendria un éxito feliz; en Francia, sólo por medio de una indomable perseverancia, puede esperarse el vencer la rutinaria apatía del público.

«Yo por mi parte digo que admiro con toda sinceridad á los que, en la edad del reposo, se embarcan tranquilamente en parecida empresa, y que quisiera ser poeta para renovar en su honor la oda de Horacio al bajel de Virgilio partiendo para Grecia.

«Lo más curioso de la Escuela del Progreso no son los cursos, sino su fundador. Todas las tardes veis sobre el estrado, aun cuando no enseñe, á un anciano con anteojos, algo encorvado, de dulce semblante, coronada su cabeza con abundantes y blancos cabellos y con voz tan dulce como su semblante. Este sacerdote de tan sencilla y modesta apariencia es el abate Moigno, el amigo de Arago, de Cauchy, de Ampère, de Thenard, el antiguo colaborador científico de la *Epoca*, del *País*, de la *Prensa*, el fundador del *Cosmos* y de los *Mundos*, el hombre que ha escrito en su género, y casi siempre sin auxiliar, tantos ó más volúmenes, que Alejandro Dumas en el suyo; en una palabra, el más infatigable vulgarizador de la ciencia que nuestra época ha producido.

«M. de Montalembert mostraba un día á una señora un grupo de personas que conversaban.

«Mire V. bien, señora, porque le conocerá al momento: es aquel que no está condecorado.

«El abate Moigno tiene una señal distintiva, pero menos visible, en su desnudo boton; no es miembro de la Academia de Ciencias.

«Seguidle al salir del patio en que acaba de hacer grandes experimentos de electricidad, con la máquina de Holtz, modelo Ruhmkorf, y de *demonstrar* el nuevo pararrayos de Zenner. Veréisle metido entre el lodo, resguardada de la lluvia su cabeza con el paraguas que bien podría ser de vello, esperar con paciencia el ómnibus, sentarse entre un tepedor de libros y una vendedora de manteca, y rezar en voz baja el rosario; porque en esta elevada inteligencia, á la fe del carbonero y á una profunda sabiduría, se ha unido el sér más humilde que todos los sacerdotes.

«Bajemos del ómnibus y deslicémonos hasta la puerta de su casa. Fácil será que le tengamos que seguir más lejos. El abate Moigno asemejase mucho á aquel abate de Molière cuya historia nos ha contado Chamfort. Nada hay cerrado en su casa; los ladrones pueden con facilidad registrar y andar en las gavetas; si lo han de menester, aun el propietario les dará las llaves, si por casualidad las tiene. Pide únicamente que no le revuelvan los papeles.

«El abate Moigno habita una casita edificada junto á la Iglesia de Saint-Germain-des-Près. Pertenece á la parroquia en la que desempeña las funciones de subdiácono de oficio, lo que le reporta según creo, 125 francos mensuales. Es un progreso, y está bien lejos de quejarse. «Habiéis leído el *Mandít*, obra que tenia la culpa de ser impía y la desgracia de ser bestial? No es verdad que no? Yo la he leído, porque es preciso que lo lea todo, lo cual ha hecho que no siempre sienta gran pasión por el arte de Guttemberg. He visto en ella un capítulo titulado el *Diácono de oficio*, en el cual se trata de un sabio de primer orden que gana 33 francos 33 céntimos mensuales, por hacer las funciones de diácono en el oficio, en una de las principa-

les iglesias de París. Tal era en efecto en otro tiempo la posición del abate Moigno, y de él es de quien se trata en estas páginas del *Mandít*. Ignoro por qué conducto el autor habrá sabido estas noticias, que pudo completar, añadiendo que jamás ni una queja se habia escapado de la boca ó del corazón del abate Moigno. Encuéntrase bien así y cumple sus funciones, así como todos sus deberes sacerdotales, con la exactitud de un joven vicario. Tiene tiempo para todo, para rezar regularmente su breviario, redactando al propio tiempo los *Mundos*, escribiendo sus *Lecciones de Mecánica analítica*, preparando sus cursos, sin que jamás se le haya ocurrido que sus trascendentales trabajos le autoricen á que pida ninguna dispensa.

Sobre la puerta de su casa se lee: «Campanilla de los Sacramentos.» En efecto es la del abate Moigno, que se ha encargado tambien de responder por la noche al llamamiento de los moribundos. Alguna vez, este anciano, este hombre que ha profundizado los misterios de la ciencia, se levanta para ir á llevar, por entre la nieve y la tramontana, el viático á alguna pobre mujer, á quien consuela, así como ilumina dos ó tres horas antes á las más privilegiadas inteligencias. Y la pobre mujer ni siquiera sospecha que este sacerdote de tan dulce voz, que ha hecho venir á la cabecera de su lecho, y que más de cien veces ha visto, revestido con la dalmática en el oficio de las diez, es el amigo de Ampère y Arago.

«Felizmente, el abate Moigno tiene el sueño dulce y la calma de un niño. Acuéstase á las diez ó á las once, y aun cuando haya sido despertado al minuto de hacerlo, se levanta invariablemente á las seis. De las seis á las doce, sus obligaciones y la misa le obligan á ayunar. Es una cuaresma perpétua su vida. Pero gasta poco. Este anacoreta de la ciencia tiene la sobriedad de los Padres del desierto, y yo no envidio á M. Monselet el haber sido invitado por el abate Moigno á comer á casa de éste. Él viviria de cortezas de pan y de agua clara sin advertirlo; creo que llegará un dia en que se ali-

mente exclusivamente de raíces cuadradas y cúbicas...
«Volvamos á su casta.

«Éntrese por un corredor oscuro. En el fondo un jardín-cito, lleno de pollitos, palomos, conejos y patos. Despues de vagar algun tiempo por la casa sin saber dónde ir, y de haberos cansado de llamar sin obtener contestacion, acabareis por dirigiros directamente á una puerta colocada al fin de una estrecha, gastada y negruzca escalera. Lo primero os vereis frente por frente de una cocina de la cual os saldrá al paso la buena y achacosa vieja, que hace ya cuarenta y cinco años considera la casa del abate Moigno como la suya propia. Subid más arriba todavía y no equivocareis la puerta: á la derecha hállase un miserable *zaquizamí*, á la izquierda el escritorio del abate; en el umbral de la puerta hay un cartel impreso que indica las horas y los días en que debe irse á ver al abate Moigno, fuera de los cuales está terminantemente prohibido el hacerlo, pero nadie hace caso de él ni aun el mismo abate.

«Llamais, entrais; ¡padie! Despues de algunos minutos de espera y de dirigir algunas miradas á la biblioteca, que un aficionado podría saquear á su gusto sin que nadie se opusiese, bajais á advertir á la buena vieja, que os contesta sencillamente: «Tal vez estará en la Academia.» Sin embargo comienza á buscarlo, y despues de diez minutos de pesquisas, generalmente consiguiese encontrar al abate Moigno, que jamás sale sino para ir á sus conferencias, y que no pone los piés en el mundo, sino alguna que otra vez, y que ó baja al jardín ó sube por una escalera hecha en el fondo de su escritorio á acostarse en su aposento—el famoso aposento hecho pedazos por un obús prusiano, el 20 de enero, en el momento en que el abate Moigno con una bujia en la mano pisaba los umbrales, y en tanto que la ciudad de París tenia escrupulosamente escondido su ajuar, comprado más tarde por 35 francos en una feria del barrio.

«Puede uno estar seguro de ser recibido con no desmentida benevolencia, en el gabinete de trabajo en el que el

mundo entero inclinase cada día. El abate Moigno recibe todas las publicaciones científicas que ven la luz desde Francia á la Australia: está en correspondencia con todos los sabios del universo. Si su rica biblioteca está bien ordenada, en cambio su escritorio es un abismo inundado sin cesar por oleadas de nuevos papeles. Al sentaros estad atentos, no sea que aplasteis un rollo. Felizmente para no confundirse en este caos, viene en auxilio del abate Moigno su prodigiosa memoria, ayudada del más ingenioso sistema mnemotécnico. Habla doce lenguas y nada ha olvidado de lo que aprendió. Así es que todo lo aprende.

Probad sin temor el preguntarle los nombres de ciento veinte y un papas, y os responderá: «Landon.» El obús prusiano le pulverizó quinientos volúmenes, pero él los tenía todos en la memoria. Róbensele los otros y se consolará de ello, como de tantas otras cosas se ha consolado, leyéndolas en su memoria. Al modo de obrar de Blas, el abate Moigno lo lleva todo encima,—no solamente su guardaropa y toda su fortuna, sino también su biblioteca.

BERNADILLE.

(*Le Français*, viernes 6 de diciembre de 1872.)

LA OBRA.

No voy á sostener una polémica como los escritores católicos del siglo xviii. Tengo poca confianza en la lucha de los espíritus, y además vivimos en un siglo en que causa horror el silogismo, indispensable elemento de toda discusión. Estoy en la íntima persuasión, y consagraré á esta tesis uno de los capítulos de esta obra, que la argumentación y la controversia rara vez han iluminado un espíritu ó convertido un corazón: y que, en la discusión, el defensor del derecho y de la verdad fácilmente llega á hacer tantas concesiones, que la razón pasa al lado de su adversario.

No voy tampoco, como Chateaubriand, mi ilustre compatriota, cuya misión sin ninguna duda providencial admiro, á hablar á la imaginación y al corazón por medio de una serie de encantadores cuadros y poéticas escenas. Terminada la gran Revolución, las almas estaban violentamente excitadas por crueles y lúgubres espectáculos; las bellezas y armonías de la religión, por un feliz contraste, era natural las impresionasen profundamente, y las reconciasen, sin que tratasen de rechazarlas, con los sentimientos que parecían desterrados de los corazones para siempre.

Hoy día, las condiciones de lógica y estudio necesarios para una profunda discusión no existen, y las imaginaciones, en el dominio de las cosas espirituales, están enteramente gastadas, no existiendo nada que pueda llamar su atención y conmoverlas.

Pero felizmente hay una facultad, que no está del todo completamente gastada, y esto es la facultad de comprender, la inteligencia, y hasta cierto punto el espíritu. Tenemos todavía en Francia y en todo el mundo mucha inteligencia, é inteligencia muy despejada, muy ejercitada.

Pues, sin discusión ni poesía, voy á hablar al espíritu, voy á hacer brillar ante él la luz y la verdad de la fe. Mi libro no será otra cosa que la expresión animada de la ley inmaculada de Dios que convierte las almas, el testimonio fiel del Señor que dá la sabiduría á los pequeños. *Lex Domini immaculata, convertens animas; testimonium Domini fidele, sapientiam prestans parvulis.* (Ps. XVIII). Tengo la convicción íntima (y espero inspirarla á las inteligencias que me leerán, á despecho de los esfuerzos de la voluntad extraviada, siempre dispuesta ¡ay! á impedir la entrada en ellas á la más viva y pura de las luces) que la divinidad de la fe católica, apostólica, romana, es una verdad clara como el día, creíble más allá de lo que se puede decir, en perfecta conformidad con la ciencia en los puntos de contacto que tienen la una con la otra.

Si, de lo más profundo de mi alma, iluminada por la ciencia y santificada por la fe, se escapa este grito de agradecimiento: *¡Yo os rindo este testimonio, oh Padre mio! Señor del cielo y de la tierra, vuestra revelacion permanece ¡ay! oculta á los eruditos y sabios, en tanto que es perfectamente accesible á los pequeños y humildes.*

Si mi plan no es enteramente nuevo, si ha sido por otra parte bosquejado en algunos de sus detalles, es nuevo al menos en su conjunto.

Muy mucho me maravilla el alcance de una sentencia de san Gregorio I, que muy á menudo recuerda el brevulario romano al sacerdote. El gran doctor explica por qué siendo tan ordinarios, y aun tan comunes los milagros, en las primeros años del cristianismo, son hoy día relativamente raros.

«El milagro, decía, es el agua necesaria para hacer nacer y crecer el árbol del cielo, que dará asilo bajo sus ramas á todos los hijos de Dios. Cuando plantamos un árbol cuidámos de regarlo á menudo; pero cuando ha echado en la tierra profundas raíces y vive de la frescura que aspira, cesamos de prodigarle el agua, que muchas veces llegaría á ser inútil. Los milagros son indispensables

«al principio, cuando la mayoría es todavía infiel, y se «multiplican entonces por dó van los apóstoles del Evangelio; pero son supérfluos cuando la mayoría ha llegado á «ser creyente y fiel: *Miracula infidelibus, non fidelibus.*»

El establecimiento del Cristianismo, el hecho de haber vencido, conquistado y renovado el mundo, es el más brillante, el más indiscutible de los milagros. El solo hace palidecer á todos los hechos maravillosos é individuales sobre los cuales puede uno discutir hasta perderse de vista. Esto que nosotros hubiéramos querido llamar las *Evidencias de la Fe*, si la espresion fuera permitida, esto que llamaremos los *Esplendores de la Fe*, son las brillantes luces de un cierto número de hechos considerables, anunciados claramente con anticipacion, realizados de la manera más maravillosa, contra toda ley humana, fuera de todas las condiciones naturales. Estos oráculos, que han llegado á ser realidades inmensas y palpables, son muchas veces resplandecientes faros en los cuales la luz, en el órden moral é intelectual, excede infinitamente á la luz eléctrica, la más brillante de las luces de la ciencia moderna. Gracias á ellos, nos vemos completamente autorizados para decir de nuestra fe, que, semejante al sol, se ha levantado como un gigante para recorrer su vasta carrera, que ha superado los esplendores del mediodia, y que sólo una voluntad rebelde puede librarse del brillo y ardor de sus rayos.

Enumeraré más adelante estas *pequeñas* palabras que han llegado á ser realidades *grandiosas*. Su alcance divino de ninguna manera exige que se pruebe la autenticidad de los Evangelios, ó sea de las obras originales de los escritores apostólicos que llevan este nombre. Basta y aun sobra, lo que conceden sin dificultad alguna los más encarnizados enemigos del Cristianismo, lo que la crítica moderna jamás ha negado, y es que los textos á que yo aludo hayan sido escritos y conocidos en el primer siglo de la era cristiana: entonces que nada podia hacer preveer el cumplimiento de estos tan admirables oráculos.

TOMO PRIMERO.

LA FE.

Capítulo primero.—Exposicion de la Fe.—Antes que todo importa definir la fe que se quiere hacer resplandecer, su símbolo, sus dogmas ó misterios, sus preceptos ó moral, sus oraciones ó liturgia. Estos misterios que tan abstrusos son para la razon, han sido creídos y lo son todavía por un gran número de grandes géneos. Estos preceptos tan rigurosos han sido aceptados, observados y practicados por innumerable multitud de las almas generosas. Estas tan sencillas oraciones son repetidas hace más de diez y ocho siglos por los más elocuentes, puros y dulces labios de la humanidad!

Capítulo segundo.—Necesidad absoluta de la Fe.—Esta necesidad la confirma la razon, y la expresa el divino Salvador de los hombres en términos que imponen á todas las almas rectas, á todos los espíritus sinceros: «El que no dá crédito al Hijo no verá la vida; sino que la ira de Dios está sobre él.» Así como es necesaria la fe á los individuos, no lo es menos á las naciones. Donde Jesucristo no ha reinado ó no reina, los delitos abundan y con ellos la muerte. Donde Jesucristo reina, la gracia es superabundante, y por ella la justicia y la vida en este mundo y en la eternidad.

Capítulo tercero.—La Fe es rara, rarísima.—Nos acercamos al desgraciado tiempo del cual ha dicho el divino Maestro: *«Cuando venga el Hijo de Dios, creéis que encontrará fe en la tierra? á estos tiempos de los cuales decia el*